

cisalpina, organizada por Bonaparte en la Alta Italia, comprendía la Romaña, las Legaciones, el ducado de Módena, la Lombardía, la Valtelina, el Bresciano y el Mantuano, con Mantua y el Adigio como límite. Génova formaba la república ligúrica. Venecia y su territorio eran cedidos al Austria en compensación de los sacrificios que se imponían. Corfú y las islas Jónicas, que habían pertenecido á los venecianos, pasaban á ser posesión francesa. La república sacrificaba á la república de San Marcos, que había saludado á los franceses como libertadores.

En Rastadt debía celebrarse un congreso para juzgar las cuestiones dudosas. Los príncipes alemanes que tenían posesiones á orillas del Rhin, debían ser indemnizados con la secularización de los bienes eclesiásticos. Esta era la moneda en que pagaban por costumbre los revolucionarios. El duque de Módena recibió el Brisgau, que le cedió Austria.

Francia acogió con aplauso la noticia de la paz, y el nombre de Bonaparte resonó con gloria en Italia, Suiza y Europa. El Directorio le dió una gran fiesta, el 20 frimario año VI (10 dic. 1797), y entregó al ejército de Italia una bandera en la cual se leían en letras de oro los nombres de los setenta y siete combates y de las diez y ocho batallas que inmortalizaron esa campaña.

Habiendo vacado un puesto en el Instituto, Bonaparte lo aceptó, yendo á tomar asiento entre Lagrange y Laplace. Pero su genio, que se avenía mal con la inactividad, le indicó Egipto como el sitio donde los ingleses podían ser atacados con mayor éxito, y entonces solicitó del Directorio una misión para Oriente.

## CAPÍTULO VIII.

## EL DIRECTORIO. — EXPEDICIÓN DE EGIPTO. — EL 18 BRUMARIO (1798-1799).

Bonaparte, después de haber obligado al Austria á hacer la paz, quería atacar á Inglaterra en su isla. Pero considerando insuficientes los preparativos hechos por el Directorio para esa expedición, resolvió atacar á dicha potencia en sus colonias. Conoció, pues, el proyecto de una expedición á Oriente, á fin de llegar á la Indias por Egipto. Las circunstancias no le permitieron ejecutar ese vasto plan; pero su expedición tuvo los más brillantes resultados para la ciencia y acabó de rodear su nombre de la aureola de gloria necesaria para ejecutar las grandes cosas que debía realizar dentro de Francia. Durante su ausencia, el Directorio acabó de desacreditarse, y se comprendió que la nación necesitaba una poderosa espada en manos de un hombre de genio para poner término á todas las dificultades de la situación. Á su vuelta, Bonaparte fué saludado como un libertador, y de esa manera pudo apoyarse en la opinión para sustituir la constitución del año III por otra nueva que preparó su advenimiento al imperio.

## § I. — Expedición de Egipto (1798-1799).

**Salida de Tolón. Toma de Malta.** — Bonaparte salió de Tolón el 30 floreal año VI (19 mayo 1798), con una escuadra compuesta de 13 navíos de línea, 9 fragatas, 11 corbetas y 232 barcos de transporte. Llevaba á sus órdenes un ejército de 36.000 hombres, y había hecho que lo acompañasen sabios, artistas y hasta agricultores para emprender la colonización de Egipto una vez terminada la conquista. El mando de los diferentes cuerpos de ejército se había dado á los generales Berthier, Kléber, Desaix, Lannes, Marat y Davoust, y la flota estaba á las órdenes del almirante Broussin. La travesía se efectuó con éxito completo. De paso tomaron á Malta. Esta isla pertenecía á los caballeros de San Juan de Jerusalén. Considerábasela inexpugnable; pero atacada sin declaración de guerra, el gran maestre Hompach capituló sin hacer resis-

tencia, no obstante lo cual fueron puestos á saca las iglesias y los museos. La orden de Malta, tan famosa en la historia, quedó abolida. La isla recibió las instituciones republicanas, y quedó ocupada por 4.000 hombres, que Bonaparte dejó en ella á las órdenes del general Vaubois (12 junio).

**Toma de Alejandría** (2 julio). **Batalla de las Pirámides** (21 julio). — El almirante inglés Nelson había buscado en el Mediterraneo á la escuadra francesa; pero ésta evitó el encuentro y llegó sin dificultad á las costas de Egipto, á vista de Alejandría el 29 de junio. El desembarco se efectuó en 1.º de julio, y al día siguiente Kléber y Menord atacaban Alejandría y la tomaban por asalto (2 julio). Egipto se hallaba bajo la dominación de los mamelucos. Su ejército, mandado por Murad-Bey é Ibrahim-Bey no se componía más que de caballería.

El ejército francés, que salió de Alejandría en marcha sobre el Cairo, encontró los primeros destacamentos de aquellas tropas en la orilla izquierda del Nilo y los rechazó (13 julio). El 21, á la altura del Cairo, los dos ejércitos se encontraron frente á frente. Los mamelucos tenían á su izquierda las Pirámides y el pueblo de Embabech á la derecha. Por toda proclama, Bonaparte dirigió á sus tropas estas sublimes palabras: « Soldados, desde lo alto de esas Pirámides cuarenta siglos os contemplan ».

Como tenía enfrente un ejército compuesto sólo de caballería, mientras él sólo llevaba tropas de á pie, el joven general imaginó una táctica nueva. Formó sus divisiones en cuadros, colocando en el centro de ellos la artillería. Dejó que avanzasen los mamelucos, y así que estuvieron al alcance de sus piezas, los cuadros se abrieron y los cañones, cargados de metralla, vomitaron por todas partes la muerte. Los musulmanes fueron deshechos y arrojados al Nilo, donde se ahogaron muchos de ellos.

**Ocupación del Cairo** (23 julio). — El fruto de

esta victoria fué la ocupación del Cairo. El Instituto de Egipto se instaló en esa capital. Monge, Berthollet, Fourier, Dolomieu, Larrey, Geoffroy Saint-Hilaire y otros varios sabios se establecieron en uno de los palacios del Cairo y empezaron á explorar, en interés de la ciencia, el suelo de aquella tierra clásica, tan rica en recuerdos. Iban á arrancar á los jeroglíficos sus secretos, penetrar en los hipogeos, estudiar los templos del antiguo Egipto con sus misterios, y esos descubrimientos debían, contra sus intenciones y sus esperanzas, proporcionar nuevas pruebas en favor de la autenticidad y veracidad de nuestros libros santos.

**Batalla naval de Abukir** (1.º agosto 1798). — Pero en el momento en que Bonaparte concebía las más halagüeñas esperanzas sobre su expedición, le llegó la noticia de haber sido destruída su flota. El almirante Brueys, que la mandaba, había cometido la imprudencia de permanecer fondeado con sus trece navíos en la rada abierta de Abukir. Allí fué á atacarlo Nelson (1.º agosto). En esa terrible batalla, Brueys fué muerto de un balazo y la escuadra francesa quedó enteramente destruída, menos dos fragatas y dos navíos de línea que se retiraron con Villeneuve á la isla de Malta. Este desastre hacía de Bonaparte un prisionero en medio de su conquista, pues se hallaba entre los ingleses, dueños del mar, y los turcos, que acababan de declararse contra Francia. Al recibir esa noticia, el general quedó por el pronto consternado; pero luego exclamó: « Ya no tenemos escuadra; pues bien, hay que morir aquí ó salir engrandecidos como los antiguos ». Y escribió á Kléber, que se había quedado en Alejandría: « Esto nos obligará á realizar cosas mayores de lo que pensábamos hacer. Hay que estar preparados á ello ».

**Conquista de Egipto.** — Viéndose obligado Bonaparte á permanecer en Egipto, resolvió acabar la conquista de este país. Desaix había recibido encargo de perseguir á Murad después de la victoria de las Pirá-

mides, y aquel brillante general penetró más hacia el sur, venció á los árabes por segunda vez en Sedimán (7 oct.) y se apoderó de Lyut, Girgeh, Keneh, Medinet-Abu, subiendo hasta Siena junto á las cataratas del Nilo en la frontera de Nubia.

Mientras Desaix sometía según se ve el Alto Egipto, Bonaparte fortificó las bocas del Nilo. Su deseo era atraerse á los indígenas y para eso, aunque se hallaba en medio de un ejército revolucionario desprovisto de toda creencia y frente á un pueblo que amaba sus supersticiones más que la vida, ordenó que se respetara á los muftíes é imanes y que se tolerasen las ceremonias del Corán, á la manera que en los tiempos antiguos las legiones romanas respetaban los cultos de los pueblos que invadían. Hacíase llamar el *hombre del Destino* y se presentaba como el *favorito de Allah*; pero las árabes y los mamelucos no se dejaban engañar con tales pequeñeces.

En el Cairo estalló una insurrección, muriendo en ella el general Duprey. Bonaparte venció el motín á cañonazos, y una vez dueño de la ciudad ordenó numerosas ejecuciones (22-24 oct.). Mas esta severidad sólo sirvió para irritar los espíritus.

**Campaña de Siria (1799).** — El desastre de Abukir había devuelto la esperanza al sultán de los turcos, Selim III, quien declaró la guerra á Francia. Dos ejércitos turcos fueron organizados, uno en Rodas y otro en Damasco para reconquistar á Egipto. Pero Bonaparte se les adelantó, é invadió la Siria, con la esperanza de reunir en torno suyo á todos los cristianos de Oriente, y de dar en tierra por ese medio con el imperio de Constantinopla y la dominación inglesa en la India. Salió al efecto de Egipto á fines de enero de 1799, atravesó el desierto que lo separaba de Siria con 13.150 hombres y 52 bocas de fuego, entrando en Gara el 25 de febrero y tomando por asalto á Jaffa, la antigua Joppe, el 6 de marzo. Entonces se declaró la peste en su ejército.

Sin embargo, marchó contra San Juan de Acre y le puso sitio (19 marzo). Allí lo esperaban infinitas dificultades. La peste decimó su ejército y el valor de los sitiados hizo inútiles por espacio de sesenta días los esfuerzos de los soldados franceses.

Durante ese tiempo se supo que el ejército de Damasco había pasado el Jordán. Murat batió al hijo del bajá en Tiberiades y Junot al bajá mismo en el combate de Nazaret. Habiendo avanzado audazmente Kléber con solos 3000 hombres, iba á verse envuelto al pie del monte Tabor (16 abril) cuando llegó en socorro suyo Bonaparte al frente de otros dos mil. Cogidos entre dos fuegos, los musulmanes quedaron anodados y el ejército de Damasco fué destruído.

Estas victorias no hicieron caer en manos de los franceses la plaza de San Juan de Acre. Bonaparte tuvo que batir en retirada, renunciando á los grandes proyectos que había concebido. « Si San Juan de Acre hubiese caído en mi poder, decía Napoleón en el desierto, habría transformado la faz de la tierra. » Levantó, pues, el sitio á los 62 días de asedio, evacuó la Siria y volvió á Egipto.

**Segunda batalla de Abukir (25 julio).** — No tardó en ser atacado en este último punto por el ejército turco que Mustafá había formado en Rodas. Este ejército se componía de 18.000 janisarios que una escuadra turco-inglesa había transportado á la rada de Abukir. Los janisarios desembarcaron el 14 de julio cerca del fuerte de Abukir, amenazando desde allí Alejandría. Bonaparte acudió del Cairo y, secundado por Murat, Lannes y Destaing aniquiló en poco tiempo este segundo ejército. Casi todos los janisarios murieron ó fueron arrojados al mar.

Bonaparte supo por los periódicos que le comunicaban los ingleses la situación de Francia. Así se enteró de que el gobierno había perdido toda autoridad y que el país se hallaba á punto de verse invadido nuevamente por el extranjero. Habiendo fracasado sus proyectos por

la parte de Oriente, volvió su vista y sus esperanzas hacia Europa. Dejó, pues, á Kléber el mando del ejército de Egipto y se embarcó el 25 de agosto con el contralmirante Ganteaume en las fragatas *Muirón* y *Carrère*. Tuvo la suerte de escapar á la vigilancia de los cruceros ingleses y desembarcó en Frejus el 9 de octubre.

§ II. -- *Segunda coalición, campaña de 1799.*  
El 18 brumario.

**Propaganda republicana.** — Sin preocuparse de la alarma de las potencias de Europa, el directorio manifestaba deseos de establecer la república universal. Después de haber creado la república bátava, la cisalpina y la ligúrica, fundó la romana. Habiendo sido herido el general Duphot en un motín que ocurrió en las calles de Roma, el general Berthier entró en la ciudad con 18.000 hombres y proclamó desde el Capitolio la república romana (22 feb, 1798). Pío VI fué preso y conducido de ciudad en ciudad á través de Italia, á pesar de sus achaques y su vejez. Transportado sucesivamente á Siena, Florencia, Grenoble y Valence, sucumbió al año siguiente en este último punto, á la edad de 82 años, después de un glorioso pontificado de 24 y medio.

El Directorio provocó después en Suiza un levantamiento contra el senado de Berna. El partido democrático, que contaba con el apoyo de Francia, triunfó del aristocrático, y la república *helvética* quedó establecida tomando por modelo á la francesa, cediendo á ésta, en prueba de gratitud, y por un tratado de alianza, Mulhouse, Ginebra y Porentruy (19 agosto).

Viéndose Carlos Manuel VI, rey del Piamonte apretado por las repúblicas cisalpina y ligúrica, no pudo permanecer en Turín, donde se hallaba obligado á recibir una guarnición francesa. El general Joubert había recibido orden de atacar, y la casa de Saboya se veía obligada á abdicar, buscando un refugio en Cerdeña.

El rey de Nápoles, Fernando, y su esposa, la reina

Carolina trataron de defenderse, para lo cual llamaron al general austriaco Mark, encargándolo de reorganizar un ejército. Éste reunió 60.000 hombres y marchó contra los franceses que se encontraban en Roma á las órdenes de Championnet, que empezó por retroceder para tener tiempo de llamar á sí las tropas dispersas por las diversas ciudades de Italia. Cuando se vió al frente de 30.000 hombres, tomó la ofensiva y resolvió invadir los Estados del rey de Nápoles. No halló resistencia más que en el pueblo; al acercarse, toda la corte huyó, refugiándose primero en la escuadra de Nelson, que la transportó á Sicilia. Nápoles se defendió valerosamente, pero después de sesenta horas de combate el arzobispo intervino y exhortó al pueblo á someterse. Ese Estado fué erigido inmediatamente en república partenopea (25 enero 1799).

**Ley de la conscripción** (5 septiembre 1798) — Como desde el comienzo de la revolución la guerra era casi continua, el gobierno sintió la necesidad de poseer ejércitos regulares y permanentes; pero no quería reclutarlo por medio de las levas en masa y de los reclutamientos arbitrarios que practicara la Convención. El 19 fructidor año VI (5 sept. 1798), los consejos votaron una ley que obligaba al servicio militar á todos los jóvenes de 20 á 25 años, que no se hallasen dispensados con arreglo á los casos previstos por la ley. Dividióseles en cinco clases ó años, y el poder legislativo se reservó el derecho de fijar el contingente anual. El poder ejecutivo llamaba á los *defensores conscritos* según las necesidades, empezando por los más jóvenes. Los reclutas debían recibir su licencia absoluta á los veinticinco años.

Esta ley estableció los ejércitos regulares que hicieron la fuerza de Francia, y que le permitieron luchar de manera tan brillante contra toda Europa.

**Congreso de Rastadt. Segunda coalición.** — Después del tratado de Campo Formio, irritada Inglaterra por la expedición de Bonaparte á Egipto, tramó

una nueva coalición de Europa contra Francia. Turquía, Austria y Rusia entraron en esa alianza. Los coligados disponían de 300.000 hombres, mientras que el directorio sólo podía oponerles 170.000; pero aplicó por primera vez la ley de la conscripción militar, y obtuvo una leva de 200.000 hombres.

Para reunir dinero se aumentaron los derechos del timbre, de registro y de hipotecas, se creó el impuesto de puertas y ventanas, y se anunció un empréstito forzoso y progresivo de 100 millones. El pueblo murmuró y la masa de la nación no habría aprobado la guerra de no venir un horrible crimen á cambiar de pronto las disposiciones de los espíritus.

Los plenipotenciarios franceses Debry, Bonnier y Roberjot que habían sido enviados á Rastadt después del tratado de Campo Formio, para discutir con los plenipotenciarios alemanes las cuestiones secundarias relativas á las nuevas fronteras de los contratantes, fueron asesinados en 28 de abril de 1799 por unos húsares austriacos del regimiento de Szuklers. Esta violación del derecho de gentes excitó la indignación universal, y todos corrieron á las armas con ardor.

**Descalabros de los franceses.** — Pero el directorio tenía que habérselas con un ejército muy superior en número, y después de algunos triunfos, los ejércitos franceses sufrieron terribles descalabros. Jourdan, que se hallaba al frente de un ejército de 50.000 hombres, atravesó el Rhin en Khel y penetró en la Floresta Negra. Delante de sí tenía al archiduque Carlos, que mandaba 80.000 soldados. Presentóle batalla, en Stockach (25 marzo) pero fué vencido y rechazado sobre Estrasburgo.

Scherer no era más afortunado en Italia. El Directorio le había entregado también un ejército de 50.000 hombres, con encargo de combatir al barón Kray que mandaba 75.000. En vez de concentrar sus fuerzas, el general francés cometió la torpeza de extender sus líneas desde Legnano hasta Verona, Kray aprovechó esa

falta y venció en Magnano (5 Abril). Scherer se replegó sobre el Mincio; pero atacado vigorosamente por los austriacos, tuvo que abandonar esta línea, retirándose sucesivamente al abrigo del Oglio y del Adda.

**Suwarow. Pérdida de Italia.** — Los austriacos, alentados por esos triunfos, tenían ya la ventaja del número cuando recibieron los refuerzos que les llevo Suwarow, quien se les unió con 30.000 rusos. El ejército aliado se elevó de esa manera á 100.000 hombres, y su jefe era aquel terrible general ruso á quien sus empresas en Turquía y Polonia habían valido el calificativo de *Invencible*. Scherer no era capaz de luchar con tan poderoso ejército, cuatro veces más fuerte que el suyo, y entregó el mando á Moreau. Este hábil general maniobró con arte digno de su gran reputación; pero envuelto por el ejército austro-húngaro, perdió la batalla de Cassano (28 Abril). Dueño de la Galia Cisalpina, Suwarow prosiguió con ardor sus triunfos y rechazó hasta el pie de los Alpes el ejército de Moreau. Entonces Macdonald salió de Nápoles y marchó contra los austro-rusos victoriosos. Al fin se trabó una batalla junto al Trebia (19 junio) en la cual los franceses, aunque realizaron prodigios de valor, fueron deshechos por el número.

Estas derrotas obligaron á Macdonald y Moreau á dejar el mando, siendo nombrado Joubert general en jefe del ejército de Italia. El primer cuidado del ilustre capitán fué reorganizar el ejército francés, devolviéndole la confianza que los últimos desastres debilitaran. El 15 agosto de 1799 atacó á los austro-rusos cerca de Novi. Habiéndose notado al principio de la acción un movimiento de duda á lo largo de la línea francesa, Joubert se lanzó á las primeras filas gritando. *¡Adelante, amigos, adelante!* No tardó en caer muerto de un balazo que le atravesó el corazón. Moreau tomó entonces el mando. La batalla fué terrible, quedando, por una y otra parte, 40.000 hombres en el campo; pero esas pérdidas fueron sensibles sobre todo para los

ejércitos franceses, ya muy debilitados, y que tuvieron en consecuencia que abandonar toda Italia al poder de Austria y de Rusia.

**Victoria de Massena en Zurich y de Brune en Bergen.** — Después de su victoria de Novi, Suwarow recibió del consejo aulico orden de continuar la guerra en Suiza. El general no admitía con gusto la idea de llevar sus tropas á través de las montañas, presintiendo que iba á perder las ventajas alcanzadas en campo raso. El ejército francés que ocupaba ese país á las órdenes de Massena, había resistido ya en él con gloria á los austriacos mandados por el archiduque Carlos, y se había fortificado detrás del lago de Zurich. Allí fué donde se trabó la batalla contra los aliados el 25 de septiembre. Suwarow quedó vencido, teniendo que abandonar la Suiza para refugiarse en Alemania. En esa batalla y los combates que la siguieron perdió más de 30.000 hombres, de modo que volvió casi solo á su patria, donde lo esperaba el descontento de su soberano.

Á los seis días de la batalla de Zurich, el general Brune, que mandaba el ejército francés en Holanda, obtuvo una gran victoria en Bergen (19 septiembre) sobre las tropas anglo-rusas que habían desembarcado con propósito de invadir la Francia á las órdenes del duque de York. Esa derrota obligó al duque á reembarcarse.

**Debilidad del Directorio. Jornada del 30 pradial** (18 junio 1799). — El territorio de la república acababa de ser preservado de la invasión; pero no por eso tenía más fuerza ni más energía el Directorio. El comercio y la industria carecían de actividad y la crisis económica se agravaba por momentos. Las clases superiores de la sociedad empezaban á respirar; pero la religión continuaba proscrita y en el seno mismo del gobierno se hacía alarde de impiedad tan irritante como la de la época de Terror.

En las provincias reinaba la anarquía. Los *calenta-*

*dores* eran unas bandas de asesinos que desolaban las regiones del sur, *calentando*, es decir, *quemando* los pies de cuantos se negaban á entregarles sumas considerables. El gobierno oscilaba perpetuamente entre los jacobinos y los realistas. En 18 fructidor (4 sept. 1797) había anulado las elecciones en 48 departamentos por hallarlas demasiado monárquicas, y el 22 floreal del año siguiente (11 mayo 1798), se volvió contra los jacobinos y anuló 54 elecciones por parecerles más democráticas de lo conveniente.

Este abuso de poder quebrantó por de pronto á los jacobinos; pero los consejos, que habían sido decimados por los Directores tomaron su desquite en 30 pradial (18 junio 1799). Anularon, en efecto, la elección de Treilhard y obligaron á sus dos colegas Merlin de Douai y Lareveillere-Lepeaux á presentar sus dimisiones. En su lugar nombraron á Gohier, Moulin y Roger Ducos. Rewbell, á quien designó la suerte como miembro saliente, fué reemplazado por Sieyes.

La constitución del año III había sido violada tres veces, dos por el poder ejecutivo, en 18 fructidor (4 sept. 1797) y 22 floreal (11 mayo 1798) y una vez por el legislativo, en 30 pradial (18 junio 1799). De los cinco miembros del Directorio, que eran Barrás, Sieyes, Roger-Ducos, Moulin y Gohier, los tres últimos eran hombres desconocidos y sin talento. Barrás tenía inteligencia; pero su inmoralidad y sus malversaciones lo desacreditaron. Sieyes era más bien un espíritu especulativo que práctico, y siempre había sido enemigo de la Constitución del año III, por virtud de la cual se hallaba en el poder.

Este gobierno tan inconsecuente y contradictorio acabó de perder toda consideración al dictar la bárbara ley de los rehenes (13 julio 1799), que ordenaba tomar rehenes entre los nobles y los parientes de los emigrados, y que encendió de nuevo la guerra de los chuanes. Ya nadie tenía confianza alguna en aquel gobierno tan comprometido y rebajado, y era general la creen-

cia de que se necesitaba un poder absoluto para volver al orden y la paz interior. Sieyes mismo había dicho : « Necesitamos una cabeza y una espada », y las miradas públicas se volvían hacia Bonaparte. Las gentes se preguntaban : ¿ qué hace ? ¿ cuándo volverá ? y deseaban su regreso con la mayor impaciencia. Al fin se supo que había desembarcado en Frejus (9 oct. 1799) y Francia entera lo saludó con entusiasmo.

**Regreso de Bonaparte. Jornada del 18 brumario año VIII** (9 nov. 1799). — Cuando Bonaparte se encontró en París, encerróse en su casa de la calle Chantereine, hoy de la Victoria, y se puso á estudiar los partidos, y sobre todo las necesidades y deseos del pueblo. La debilidad del Directorio no bastaba para dirigir el movimiento general ; era preciso un cambio en el Estado. Aquél lo comprendió y en unos cuantos días se puso en relaciones con todos los hombres importantes que pensaban de la misma manera. No obstante su repugnancia hacia el abate Sieyes, que le parecía un utopista peligroso, se unió con él y con Roger-Ducos, y convinieron en hacer que los Ancianos votasen la traslación del cuerpo legislativo á Saint-Cloud, y en dar á Bonaparte el mando de la fuerza armada.

Tres miembros del Directorio, Sieyes, Roger-Ducos y Barrás dimitieron ; los otros dos, que se negaron á imitarlos, fueron guardados en el Luxemburgo con testigos de vista. De ese modo quedó en tierra el poder ejecutivo, y Bonaparte se presentó ante el consejo de los Ancianos, que lo acogió perfectamente. Pero al presentarse en la asamblea de los Quinientos, gritaron : ¡ *Abajo el dictador !* ¡ *Fuera las bayonetas !* ¡ *La constitución ó la muerte !* Temiendo los granaderos por la vida de su general, lo arrancaron del medio del tumulto. Los diputados hablaron de declararlo fuera de la ley, y ya se sabe hasta qué punto habían hecho significativa los revolucionarios esta expresión. Luciano Bonaparte, que presidía, quiso justificar á su hermano,

y habló con gran energía ; pero viendo que no podía dominar ya la asamblea con su palabra, salió y se presentó ante las tropas para arengarlas. Aquellos veteranos, que se habían distinguido en las campañas de Italia, juraron morir por el que tantas veces los había conducido á la victoria, y, al mando del general Leclerc, entraron en la sala de sesiones é hicieron salir á los diputados, que seguían gritando y amenazando.

El consejo de los Ancianos entregó el poder ejecutivo á tres cónsules provisionales : Bonaparte, Roger-Ducos y Sieyes, y encargó á dos comisiones, de veinticinco miembros cada una, que revisasen la constitución. Tal fué la revolución del 18 brumario año VIII (9 Nov. 1799), que puso término á la anarquía en Francia, y que, acabando con la constitución del año III, inauguró una nueva era.

## CAPÍTULO IX.

EL CONSULADO (1799-1804). — CONSTITUCIÓN DEL AÑO VIII.  
— ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA, ECONÓMICA Y JUDICIAL.  
— CÓDIGO CIVIL. — CONCORDATO Y ARTÍCULOS ORGÁNICOS. — EL BANCO DE FRANCIA.

El gobierno revolucionario había sido monárquico constitucional con la Constituyente, republicano con la Legislativa, demagógico con la Convención, y la debilidad del Directorio sumió á Francia en la anarquía. Para sacarla de ella, era indispensable una dictadura militar. Bonaparte fué la espada y la cabeza que se necesitaban. La Constitución del año VIII, que otorgó al país, devolvió al poder toda su fuerza, y creó, bajo el nombre de República, una verdadera monarquía. La administración de los departamentos y de los municipios fué reorganizada, la justicia sometida á nueva jerarquía, el orden de la hacienda restablecido, la legislación reformada y la instrucción pública quedó bajo la dirección de la Universidad.

§ I. — *Constitución del año VIII. — Política de conciliación.*

**Constitución del año VIII.** — Al caer el Directorio, Francia no podía ser salvada más que dando